

El poder del tiempo

Temporalidad: metáfora colectiva de sentido

Nerva Bordas de Rojas de Paz

Esta reflexión gira en torno al poder ético y ontologizante que la temporalidad ejerce sobre las culturas. Nos parece encontrar en ella una clave decisiva para afrontar los requerimientos culturales. Más allá del *qué* esencial entendido como concepto abstracto, nos convoca la fuerza estructurante que de él emana, su poder configurador en la identidad de los pueblos. Estos, creadores originarios, a la vez que producen un mundo de símbolos, reciben de ellos la fuerza que proyectan.

Afirmarse en un pasado, instalarse en un puro presente fugaz o eterno, o acentuar un futuro definen la peculiaridad de un *ethos* colectivo. Nos internamos en esa lenta y morosa elaboración secular del gesto común, alrededor del cual se personaliza un grupo. La significación del tiempo, en su sentido más profundo, responde a una elaboración colectiva de carácter ético-estético. La intimidad reuniente de lo diverso de manifiesta en símbolos, polisémicos y convergentes, que fecundan las formas culturales. Los pueblos los crean y ellos a su vez renuevan y fundan el carácter. El tiempo es esa metáfora que asume una cultura al exponerse a la realidad.

Descifrar el eje sobre el que se sostiene un tiempo circular, o lineal, o técnico-científico, nos revela el principio que inspira, protege y anima el obrar conjunto.

Occidente crea distintas metáforas temporales que muestran los modos con que ha ido resolviendo su interpretación del mundo. Tiempo circular, tiempo lineal en su doble vertiente, como linealidad finita o infinita, aceleración constante del tiempo técnico-científico, revelan el principio que ordena los comportamientos colectivos. Tales metáforas conducirán este análisis.

Metáfora del tiempo circular

El tiempo circular envuelve la experiencia del eterno retorno. Tiempo cósmico que pone en acuerdo la acción humana con el movimiento astral en su incesante devenir cíclico. Circularidad reiterativa que acepta el plan trascendente, necesidad de cumplir el mandato de los dioses, acomodamiento del hacer humano a la obra inaugural que ellos y sólo ellos pueden iniciar: se impone reiterar ese gesto originario. Repetición y mimesis transforman el pasado en un eterno presente: retorno permanente a la acción primera para restaurar la escisión entre lo humano y lo divino. Con ellas los dioses se reintegran a la tierra. Tal circularidad es la imagen que dibuja el retorno infinito conectando el presente y el pasado donde se atesora el enigma. En esta noción temporal, el destino juega el rol principal y el futuro no tiene horizonte: todo está previsto y sucederá eternamente del mismo modo. Esto hace decir a Levi Strauss que el eterno retorno, propio de una concepción mítica de la realidad, es "una máquina de suprimir el tiempo"¹. Y ello es así si hacemos la lectura desde un tiempo lineal.

El eterno retorno de Nietzsche

Nos detenemos en la reelaboración que hace Nietzsche de este tiempo circular del eterno retorno, pues nos confirma la fuerza cultural de la temporalidad. Nuestro autor advierte como las culturas se definen desde el aval del tiempo. En desacuerdo con la comprensión temporal que preside la interpretación del mundo vigente en su época, se opone a la concepción del tiempo lineal tanto cristiano cuanto moderno, considerando que desnaturalizan el sentido del mundo. El tiempo guía la acción humana; reconstruir el camino exige producir un cambio en la metáfora temporal. La linealidad moderna supone un tiempo dividido en instantes irrepetibles que se suman habilitando el "progreso". En su visión, esta temporalidad despoja al hombre de su fuerza creadora, limitado por Dios o una racionalidad abstracta que niega a Dionisios. Lo inhabilita en su iniciativa y el ejercicio de la voluntad de poder. La concepción cíclica ofrece la posibilidad de reconducir el sentido de la humanidad, transmutando valores,

la moral, las creencias existentes. La circularidad mítica se despliega como el eterno retorno de lo mismo, sin dejar espacio para la creación innovadora en manos del hombre. Nietzsche lo refiere como el “ciclo de absoluta e indefinida repetición de todas las cosas”, poniendo en tema la cuestión del sentido del todo². Superar la valla de un eterno repetir lo ya dado sin otra salida, exige una solución que nos introduce en otro concepto de la temporalidad y con ella de las posibilidades del hombre. De este modo Nietzsche no hace sino responder a la metáfora de su época dentro de la cual, a pesar suyo, queda atrapado. La circularidad que trae siempre lo mismo no puede ser aceptado por quien, modernamente adueñado del tiempo y el espacio, los transfigura y manipula libremente. Con ello se perfila un hombre que expresa una libertad entendida como espontaneidad apropiada del comienzo absoluto, antiguo patrimonio de los dioses. Esta necesidad de instalar lo inédito indica una pertenencia a la metáfora de su época. Tal es la fuerza del tiempo. Nietzsche trata de lograr que la novedad creadora pueda acompañar la circularidad cósmica del universo afirmando el poder humano, en consonancia con ella. Como una revelación repentina le aparece la posibilidad redentora del tiempo circular pero dando cuenta de la voluntad de poder. El tiempo en su infinitud retorna –nos dice– repitiendo los sucesos eternamente; pero la mera repetición infinita conduce a que “todo sentido se vuelva sin sentido”. En el aforismo 341 de la *Gaya Ciencia* señala el enorme peso que significa afrontar la reiteración de lo mismo sin nada que aparezca como nuevo “es wird nichts Neues darán sein”, “...cada dolor y cada alegría, cada pensamiento y cada suspiro, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño de tu vida...” repitiéndose eternamente³ Nietzsche no acepta esa repetición incesante de lo mismo; tiene que aparecer la acción creadora humana y su poder de inauguración. La vuelta al tiempo circular del eterno retorno es una intuición central re-orientadora que hace posible dar realidad al superhombre, a la muerte de Dios y a la voluntad de poder, impracticable en una linealidad temporal en la que cada instante devora al siguiente. Zarathustra afirma que la “voluntad de poder es todo lo existente desde el momento que está en el tiempo”.

En este contexto, eterno retorno y poder de comienzo absoluto del hombre parecen oponerse. Nietzsche tiene que provocar la novedad en la

temporalidad circular. Con ella, la acción inaugural ya no será exclusividad de los dioses, sino del hombre –Dios ha muerto– concebido como superhombre, –donde ancla el sentido del ser en general– en ejercicio de la voluntad de poder. Zaratustra asume el imperativo. En “La visión y el enigma”, Nietzsche recurre a la imagen de la serpiente -tiempo circular- que en la garganta del pastor -hombre- debe ser mordida por éste arrancándole la cabeza⁴. Señala así el momento de decisión espontánea y suprema, propia del superhombre, que nace en el instante –momento protagonice– que permite superar la oposición irreductible y el choque frontal entre el pasado y el futuro. La eternidad del instante vibra en las acciones del superhombre. Asoma en el planteo una lección ética: lo bueno tiene que ver con aquello que admite su repetición eterna. Supera así la mera reiteración de lo mismo, abriendo un espacio para la creación.

La metáfora temporal de su época ampara la comprensión de lo humano como racionalidad absoluta. Nuestro autor no lo acepta. Sin embargo, su oposición a esa subjetividad racional, dominadora del tiempo y el espacio, no alcanza a liberarlo de sus efectos⁵.

El acuerdo entre la voluntad de poder y el ritmo del mundo necesita de la circularidad del tiempo. A su vez, la idea de creación humana necesita el instante que quiebre la monotonía de lo mismo y haga del superhombre un pasajero de la eternidad.

Metáfora del tiempo lineal

El eterno retorno queda atrás; se diluye el tiempo circular de inspiración cósmica y emerge la concepción lineal. Con ella tiene lugar un nuevo horizonte de sentido: desaparecen las ataduras impuestas por el destino con su inexorabilidad, el hombre se adueña del mundo y nacen las decisiones autónomas. El tiempo se matematiza y divide en instantes únicos e irrepetibles en razón de esa naturaleza autónoma que se va cerrando sobre sí misma. Cada individualidad produce acciones que sólo a ella corresponden lo cual les da el carácter irrepetible.

Cada instante se engarza con otro de modo lineal, en sucesión acumulativa. Tiempo y hombre se funden en el sentido.

Esta metáfora del tiempo lineal preside la concepción cristiana y moderna pero cada una con significación diferente. Ambas manejan un mismo tiempo irrepetible y lineal, pero en el cristianismo la linealidad toma carácter finito, está referida a Dios y se eleva a la circularidad trascendente; en la modernidad, en cambio, la noción de infinitud significa acumulación de instantes de manera ilimitada que sellan la noción de progreso y abren al futuro.

Linealidad finita: tiempo cristiano

El tiempo circular del eterno retorno de lo mismo instala el obrar en el marco de la inocencia: la acción inicial es de los dioses y el hombre juguete del destino. El cristianismo transforma la inocencia en culpa mediado por la idea de libertad. Ser libre es asumir la responsabilidad de la acción. Responsable personal de sus actos voluntarios, culpable de ellos, instantes individuales, intransferibles, sucesivos e irrepetibles. Tal es la interpretación cristiana de la temporalidad lineal que supone un límite: tiempo finito que desde la finitud abre a lo eterno. Linealidad que cuando alcanza su fin penetra en la circularidad trascendente desde la cual es posible volver a la casa del Padre, como era en un principio. El Juicio final configura ese límite desde el cual serán evaluadas las acciones terrenales que definen un destino eterno. El pasado se incorpora al presente girando la atención hacia el futuro; el crecimiento no se ha desprendido del pasado. Ambos habitan un presente reconciliador que busca volverse eterno. De ese modo el tiempo profano es acogido por el tiempo sagrado y pone en juego la salvación.

San Agustín profundiza los alcances de esta temporalidad lineal. Al tratar de explicitar la esencia del tiempo advierte su misterio impenetrable: cuanto más se lo investiga, sostiene, más profunda aparece su abisalidad. "Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo a quien me lo pregunta, no

lo sé" (*Confesiones* XI, 17). No sólo revela la dificultad de penetrar su esencia, aparente frustración que condensa el "no lo sé", sino que nos permite apreciar una distinción importante: tiempo como vivencia y tiempo como representación conceptual. Vivir el tiempo es acercarse a él con más fuerza que la del concepto, difícilmente alcanzable. La vivencia expresa un presente, con memoria del pasado y atesoramiento del devenir. Dios es el creador del tiempo y la persona vive en esa dimensión temporal. Cuando refiere las paradojas del tiempo hace ver como el presente parece inalcanzable porque los instantes se aniquilan en su fugacidad, pero en ese presente se encierra lo más verdadero porque recoge en pleno la temporalidad: es manifestación de lo que ha sido y de lo que tiene que ser.

Linealidad infinita: tiempo de la modernidad

Cuando lo sagrado huye, la linealidad se vuelve infinita e intrascendente. Infinita porque la secuencia lineal no puede ser rastreada en el pasado ni alcanzada en el futuro, no tiene principio ni fin. Intrascendente porque se agota en sí misma sin reconocimiento de aquello que lo excede. Tiempo y espacio quedan atrapados en la racionalidad formal y nacen vacíos. Esta temporalidad lleva una sola dirección: rige el futuro. Novedad y cambio son sus palabras fuertes. El pasado se disuelve negado en sus limitantes efectos: cercena la libertad que no quiere ser predeterminada e impide la espontaneidad absoluta. El presente se diluye sin pasado. Sólo es viable el futuro pero éste nunca se alcanza, siempre es futuro.

Desde esta linealidad abstracta que funda el progreso, nuestro siglo XX genera una nueva experiencia sin elaboración ética, nacida del quehacer científico. Representa un corte profundo en la interpretación y significación del tiempo cuyas consecuencias aún no han podido ser elaboradas: es el tiempo de la ciencia y la técnica. Si la primera etapa moderna se distingue por la matematización del tiempo y su dominio racional, esta segunda avanza sobre la matematización, introduciendo la experiencia del tiempo en aceleración constante. El tiempo biológico entra en contradicción con el tiempo científico

provocando un desajuste temporal de alta complejidad en el comportamiento individual y colectivo. Esta nueva concepción supera la linealidad moderna y hace estallar las metáforas temporales de un tiempo cósmico o biológico. Ante la violencia de un tiempo artificial los pueblos buscan una nueva construcción metafórica: tiempo marginal, refugio del genio cultural. El tiempo técnico científico se impone como creación de la comunidad científica, transformando el vivir. Presente y pasado parecen agotados. El pasado se disuelve en un “fue” sin enseñanzas a transmitir. El presente se acaba antes de haber nacido. Sin presente y sin pasado, sólo se vive un eterno mañana que nunca llega. El fluir de la novedad es incesante y crece fuera de control. Ritmos artificiales, velocidad creciente. Amputadas sus metáforas culturales, negada su capacidad de producción simbólica y la gratuidad, se vive en la indigencia, en tiempos de penuria –repitiendo a Heidegger–, en la intemporalidad absoluta.

Este tiempo de la ciencia y la técnica ya no es ni circular ni lineal. Inasible como experiencia de sentido es tiempo de dispersión. No se acumula, ni se compone de instantes sucesivos, jamás retorna. Se separa el tiempo biológico, llevado a marginal, del tiempo acelerado, que se impone sin elaborar. Lo ético no puede frenar este delirio temporal.

Temporalidad americana

Paradoja y transfiguración

Nuestro continente está regido por las creaciones temporales nacidas de su aluvión cultural. La metáfora del tiempo circular vive en la experiencia preamericana aún vigente no sólo en el indio, sino en el mestizo que configuramos; la del tiempo lineal cristiano y la del tiempo moderno en sus dos versiones: linealidad limitada e ilimitada y de aceleración constante técnico científica, tienen realidad al mismo tiempo, con distintos niveles de profundidad. La temporalidad preamericana se interpenetra con la cristiana. El trabajo cultural formula un sincretismo temporal de naturaleza y efectos diversos en las distintas experiencias. El tiempo circular, de carácter mítico, late en un pasado

que permanece vivo y siempre retorna. Opera en la realidad activamente: los arquetipos no pueden ser enterrados, su ejemplaridad vivifica la acción en todo tiempo. No hay acabamiento ni muerte. La linealidad cristiana pone en vigencia una libertad que acentúa una comprensión trágica sin resolver, la tensión entre lo humano y lo divino. El tiempo moderno resulta conflictivo, sin aceptación ética, tanto en su linealidad ilimitada cuanto en el de la experiencia técnico-científica.

América vive un mosaico de temporalidad que se refleja entre otras muchas experiencias, por ejemplo, en su conducta política. En Argentina o en México, por ejemplo, las figuras del pasado continúan siempre presentes. Inútiles son las remisiones al olvido provocadas institucionalmente para acallar la voz de los grandes inspiradores. Los proyectos de futuro que desatienden el hilo cultural generan resistencia. A nivel popular, el manejo de la temporalidad asocia tiempos míticos y cristianos. Desde el poder, la dirigencia estructura el conjunto en base a tiempos modernos: negación del pasado y proyección a un futuro absoluto. Esta distorsión e incoherencia frena el desarrollo auténtico.

Carlos Fuentes en *Tiempo mexicano* plantea la vigencia simultánea de las diferentes y contradictorias metáforas del tiempo, como una determinación viviente que debe ser captada en toda su profundidad. "La voluntad de actualidad de los hombres de la Reforma, la importación de los esquemas de Adam Smith y Augusto Comte desconoce la simultaneidad de los tiempos mexicanos. Ese desconocimiento asegura que la pura actualidad, sin atributos históricos o culturales profundos, se transforma en sujeción: dictadura política o imperialismo económico"⁶. Define el carácter de la temporalidad mexicana como instantaneidad; el deseo busca su satisfacción inmediata, instantánea, en el horizonte de una necesidad que nunca encuentra satisfacción. Nos dice que "cuando un pasado late en el presente el tiempo futuro es abstracto y carece de demasiado valor... paradoja final del tiempo mexicano: el instante es retenido y eternizado dentro de su fugacidad"⁷.

La metáfora del tiempo cristiano y su sincretismo quedan al descubierto al decir: "Los indios coras secuestran del tiempo a Cristo, personaje histórico

y lo instalan en los orígenes. ...se convierte en dios fundador...⁸. Por un lado la temporalidad mítica y cristiana asocian un sentido. Por el otro, presiona la temporalidad que impone la dirigencia. En este sentido afirma que “la paradoja de América latina es que ha optado por la ideología de sus explotadores, rindiendo pleitesía al positivismo liberal y el tiempo antiutópico del progreso⁹ y que “México y América latina, en cambio, optaron por la ideología de la razón de estado que era la del éxito, la del progreso”¹⁰. Carlos Fuentes sostiene la necesidad de comprender las líneas temporales en el modo de la simultaneidad, sin que le parezca legítimo optar por una de ellas.

Nuestros pueblos afrontan las diferentes vivencias del tiempo negando, afirmando, compatibilizando, produciendo síntesis y generando su propia visión. De ese modo la simultaneidad no aísla cada metáfora sino que busca compatibilizarlas permitiendo el reconocimiento del trabajo colectivo para alcanzar un tiempo propio. Las categorías de tiempo y espacio no están presididas por la idea de dominio o violencia, sino de participación. Se convive con lo divino; tiempo y espacio se comparten con dioses y demonios; la tarea del hombre consiste en lograr el equilibrio de los opuestos, conjurar el mal.

La temporalidad que preside la acción concreta refunda la identidad del grupo y del individuo. La tensión que genera con un tiempo inadecuado provoca desajustes e inadaptación, conduce a la ruptura de la ontología del grupo.

Borges no escapa a la idea de relación tiempo-culturas. Nos abre la dimensión que preside los caracteres de lo americano y su resistencia al tiempo del progreso ilimitado. En *Historia de la eternidad* –nos dice–, “los verbos ‘crear’ y ‘conservar’ evidencian la oposición cultural a la idea de progreso como expresión de una linealidad infinita. El universo requiere la eternidad... la conservación de este mundo es una perpetua creación y los verbos conservar y crear tan enemistados aquí son sinónimos en el cielo”¹¹. En América –afirma– crear es conservar. La enemistad que impera en este mundo es la distancia del pasado y el futuro, cuando la creación es destrucción de lo hecho y eterna novedad

de un tiempo insustancial. El rasgo que define nuestra temporalidad y nuestro ser, nuestra identidad, es la apelación a la memoria, "...la identidad personal reside en la memoria y... la anulación de esa facultad comporta la idiotez..." nos dice Borges¹². *La Fundación mítica de Buenos Aires* se instala en los tiempos de eternidad, donde se subsumen el pasado, el presente y el futuro.

García Márquez revive la temporalidad americana en *Cien años de soledad*. Tiempo inmanente que se disuelve y evanece en las leyendas que aligeran la pesada carga de la historia.

El poder del tiempo

Hemos intentado pensar el tiempo como dimensión cultural, donde se reúnen valoraciones éticas y estéticas del hombre y los pueblos, reflejando su capacidad de trascendencia. Se nos ha ido revelando el poder del tiempo a partir del análisis de los comportamientos grupales cohesionados internamente por una acentuación del pasado, del presente o del futuro o a través de la confluencia de temporalidades diferentes, operando al mismo tiempo. Al fin de este siglo, la vivencia temporal parece alcanzar su máxima tensión: nos rodea un pensar que impulsa la disolución de metáforas, del mundo moral, religioso, de las culturas e identidades respectivas. Desnudos de parámetros válidos, negadas las creencias colectivas, sin reconocimientos éticos, el hombre culmina en la disolución temporal que desaloja símbolos y poetas. Sin embargo, nuestra intuición mantiene en pie su convicción de que en el corazón de cada cultura permanece el tiempo simbolizado irrenunciable, expresión de un modo de ser. Aunque lo vivamos hoy como tiempo marginal, sigue presente, reorienta el camino y alimenta el crecimiento de quien en él encuentra su "domicilio existencial", calmando la orfandad del exclusivo y abstracto tiempo científico.

Notas

¹ Strauss, L., *Lo crudo y lo cocido*, FCE, México, 1968, p. 65.

² Nietzsche, F., *Ecce Homo* XV, p. 65.

³ Nietzsche, F., *La Gaya Ciencia*, Aforismo 341.

⁴ Nietzsche, F., *Zaratustra*, "La visión y el enigma", Alianza, Madrid, p. 223.

⁵ Heidegger, M., *Nietzsche*, T. I, Gallimard, París, p. 200.

⁶ Fuentes, C., Op. cit., J. Mortiz, México, 1971, p. 11.

⁷ Fuentes, C., Op. cit., p. 14.

⁸ Fuentes, C., Op. cit., p. 24.

⁹ Fuentes, C., Op. cit., p. 31.

¹⁰ Fuentes, C., Op. cit., p. 32.

¹¹ Borges, J. L., *Obras Completas*, Emecé, Buenos Aires, 1990, p. 363.

¹² Borges, J. L., Op. cit., p. 364.